

## DISCURSO DE TOMA DE POSESIÓN COMO VMU

UNIVERSIDAD CATOLICA DEL URUGUAY.

P. Eduardo Casarotti SJ.

Montevideo, 20 diciembre 2005.

Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, Mons. Janusz Bolonek,

Excmo. Sr. Obispo Emérito de Mercedes, Mons. Andrés. M<sup>a</sup> Rubio,  
SDB,

R. P. Juan José Mosca SJ, Provincial de la Compañía de Jesús y  
Vice Gran Canciller de la Universidad Católica,

R.P. Antonio Ocaña SJ, Rector

Estimados alumnos, profesores, funcionarios y directivos de esta  
Universidad...

Queridos compañeros jesuitas,

Querida familia y miembros de la comunidad cristiana del Cerro  
que, en cierto modo y desde hace ya algunos años, son también  
mi familia.

Queridos amigos y amigas:

El 16 de Setiembre del 2002, en esta misma Aula Magna, se hacia realidad un sueño promovido por el entonces rector P. Carlos Vásquez sj. en aras a la formación integral de los miembros de esta casa de estudio: instaurar en nuestra Universidad Católica la Vicerrectoría del Medio Universitario. Con esta importante y decisiva aportación, la institución retomaba visiblemente uno de los principales pilares de su fundación que, para aquel entonces y bajo la dirección del P. Francisco Arrondo sj, se había ubicado en la Vicerrectoría de Orientación Educativa. En continuidad con esa intuición fundacional, se encomendó, en esta segunda etapa, primero al P. Antonio Ocaña sj. y luego al P. Marcelo Copetti sj., la tarea de poner en funcionamiento y consolidar la nueva Vicerrectoría, reuniendo para ello sectores ya existentes de la institución y potenciándolos de modo que ayudaran efectivamente a la Universidad a cumplir los fines encomendados por la Iglesia uruguaya: la evangelización de la cultura y la promoción de la justicia que dicha evangelización exige.

Es grande la tentación de enumerar con todo detalle las distintas iniciativas llevadas adelante por dicha Vicerrectoría en los tres años transcurridos desde su instalación. No me voy a referir aquí, sin embargo, al extenso mapa de actividades que se han hecho y se hacen desde los distintos sectores que la componen: formación espiritual –pastoral-, formación social –extensión-, orientación estudiantil, cultura –coro- y deportes. El P. Rector, en su discurso al Consejo Académico General del viernes pasado, ha tenido el acierto de realizar una exhaustiva presentación de este conjunto de actividades, valorando su crecimiento y su expansión en el último año. En dicha presentación se percibe con claridad la cantidad, la variedad y la excelencia de las distintas propuestas pastorales, sociales, culturales y deportivas promovidas desde esta Vicerrectoría, y que paulatinamente se han ido constituyendo en verdaderos espacios de encuentro y enriquecimiento mutuo para profesores, alumnos y funcionarios de nuestra Universidad. Me importa más destacar el dinamismo y la creatividad de estas propuestas, las cuáles, además de revelar la pujanza y la visibilidad que ha ido adquiriendo la VMU en este período, muestran sobre todo la riqueza y la fecundidad del grupo humano que está detrás de las mismas. Grupo que he ido conociendo a lo largo de los últimos meses, y en quienes he descubierto colaboradores activos, creativos, que han aprendido a complementarse y a sumar esfuerzos para llevar adelante, a veces con una notable falta de recursos humanos y materiales, actividades de gran nivel cultural y profunda calidad humana.

Me alegra y me da confianza trabajar con este grupo humano al que se suma, en esta nueva etapa, la estimada colaboración de Cecilia Zaffaroni. A nosotros se nos encomienda cuidar y dinamizar el *medio universitario*, que es, para la Universidad Católica «como el aire para los pájaros o como el agua para los peces», «tan formador de personas, o más, que lo propiamente académico»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Cf. Ocaña, Antonio, *Discurso de toma de posesión al cargo de Vicerrector del Medio Universitario*, Universidad Católica del Uruguay, 16 de Setiembre 2002.

Permítanme retomar esta metáfora del agua o del aire para desarrollar algunas ideas de lo que entiendo ser el *medio universitario*.

En primer lugar, el medio universitario, son las personas y, antes que nadie, los miembros de esta comunidad educativa: ustedes, el grupo humano que a través de la enseñanza y del estudio, de la gestión, de la construcción y de la limpieza, hacen cotidianamente posible que exista este proyecto universitario. Son también los de afuera, aquellos a quienes les importa el hacer de esta Universidad, aquellos que nos alientan, nos promueven y, muchas veces, por suerte, nos corrigen. Pero también el medio universitario son las personas que nos precedieron y la tradición que nos legaron, y de cuyos sueños, proyectos y realidades hoy vivimos a veces sin saberlo demasiado.

Este *medio universitario* es formador de personas en la medida que es portador de convicciones profundas y arraigadas. Esta afirmación, más que una idea, es una honda experiencia personal. Vivo y experimento un gran enriquecimiento al trabajar cotidianamente en *medio* de ustedes. El fecundo intercambio de opiniones entre hombres y mujeres de procedencias intelectuales tan distintas, las innumerables discusiones sobre el rol que debe jugar la Universidad en nuestra sociedad uruguaya, las distintas interpretaciones de su larga historia y las variadas conversaciones acerca de sus proyectos de futuro, han ido consolidando en mí algunas convicciones profundas, que hoy descubro que no son sólo mías, sino de muchos de ustedes y de muchos otros que nos precedieron. Tres de estas convicciones me gustaría compartir hoy con ustedes.

1. Entiendo, en primer lugar, que nuestro país necesita profesionales con sentido de trascendencia. Mons. Mariano Soler, preocupado por la formación exclusivamente positivista de los estudiantes de la Universidad estatal de finales del siglo XIX, y el P. Carlos Mullin sj. son tal vez las figuras intelectuales que vislumbraron la cuestión con mayor claridad. Debemos velar –nos decía Mullin– por la formación de profesionales con una visión amplia del hombre, del mundo y

de Dios. Esta convicción nacía de un diagnóstico que tomaba en cuenta tanto la realidad personal de los profesionales como la realidad cultural del país. Con respecto a la realidad personal de los profesionales católicos, se entendía que la mayoría de sus crisis espirituales tenía sus raíces en la desproporción que había entre el desarrollo en una ciencia determinada y la falta de crecimiento paralelo en sus convicciones filosóficas y teológicas<sup>2</sup>. Con respecto a la realidad cultural del país, afirmaba que una cierta falta de empuje en nuestra cultura, cierto freno al impulso creativo, para usar las categorías de Real de Azúa, provenían, en última instancia, de la falta de sentido de trascendencia que marca a la cultura uruguaya. Se afirmaba: «sólo los pueblos con espíritu tienen grandeza y pervivencia», y se agregaba, de una manera algo radical pero no por eso menos lúcida, que un pueblo sin sentido de trascendencia «estaba destinado a ser tubo de ensayo de una sociedad consumista o caldo de cultivo de una ideología destructiva»<sup>3</sup>.

2. Creo, en segundo lugar, que nuestro país necesita profesionales con profunda responsabilidad social. Tal vez sea el P. Antonio Ocaña quien mejor me ha ayudado a expresar y consolidar este sentir. «Nuestro país -nos decía en su discurso de hace tres años- necesita líderes que otean horizontes, animen a la marcha, señalen objetivos; necesita ingenieros que pongan su ingenio al servicio de la sociedad, fomentando la comunicación humana y haciendo del trabajo de todos algo más productivo y menos penoso; necesita economistas, empresarios y líderes sindicales que organicen este trabajo de forma que los bienes producidos lleguen hasta los últimos rincones; necesita hombres de leyes apasionados por una justicia que, si ha de tener alguna parcialidad, sea en beneficio de los más débiles; necesita sociólogos, sensibles sobre todo a las fracturas sociales y a lo que las origina; comunicadores sociales que informen verazmente, y jerarquizando las diversas noticias según su verdadera importancia; artistas que, recreando la Belleza, nos saquen de nuestros pequeños horizontes; necesita profesionales de la salud, psíquica y corporal, preocupados de extenderla principalmente donde

---

<sup>2</sup> Cf. Monreal, Susana, *Universidad Católica del Uruguay. El largo camino hacia la diversidad*, Montevideo, ed. UCU, 2005, p. 97.

<sup>3</sup> Monreal, Susana, *op. cit.*, p. 221.

más urge; nuestra sociedad necesita, y mucho, educadores que consideren un ascenso enseñar en los barrios periféricos, que es donde más capacitación y experiencia se precisa. Necesita, en fin, políticos incorruptos y que luchen contra la corrupción, realistas y con visión de futuro, que organicen nuestra convivencia con el menor número posible de exclusiones»<sup>4</sup>.

**3.** A estas dos convicciones anteriores se le suma una tercera convicción de carácter más pragmático: la necesidad de un centro de carácter Universitario dónde puedan formarse esos profesionales que el país necesita. Es un derecho de la Iglesia ofrecer y enriquecer la cultura del país a través de un proyecto educativo propio, basado en la concepción cristiana del hombre y de la sociedad. La existencia de una Universidad con una orientación específica, enriquece no empobrece la cultura universitaria uruguaya. Es, por tanto, garantía de pluralismo educativo, ya que consagra, junto a otras propuestas educativas, una auténtica libertad de enseñanza y de pluralismo pedagógico a nivel universitario.

Estas tres convicciones, que son –y han sido- convicciones profundas y arraigadas de un gran número de católicos que sueñan y luchan por el derecho de la Iglesia a tener su propio espacio de enseñanza universitaria, son las que hoy me impulsan a asumir con confianza las tareas que el P. Rector me encomienda como Vicerrector del Medio Universitario. Creo en serio en las posibilidades que tenemos para generar profesionales con sentido de trascendencia y con responsabilidad social. Creo en serio que la Universidad Católica tiene un gran potencial para formar hombres y mujeres abiertos a Dios, capaces de hacer opciones personales y libres, expertos en sus respectivas profesiones, creativos para encarar soluciones innovadoras a los problemas que el país plantea, constantes y capaces de superar los fracasos, sensibles a los dificultades que progresivamente afectan a la mayoría empobrecida de nuestra sociedad; solidarios y capaces de anteponer el bien común a la propia posición personal.

---

<sup>4</sup> Ocaña, Antonio, discurso citado en nota 1.

Pienso, también, que aun seguimos lejos, muy lejos dirán algunos, de alcanzar estos altos objetivos fundacionales<sup>5</sup>.

Las personas y sus convicciones: este, es creo, yo el medio universitario que nos forma, que debemos cuidar y que queremos potenciar. Y, si me permiten ejercer de filósofo, diría: ese medio se sostiene en algo tan rico y tan frágil como es el lenguaje. Esto me lleva a una segunda reflexión. En toda Universidad se habla, y se habla mucho. Nuestra Universidad no es excepción a la regla. Hablamos en clase y hablamos fuera de clase: en los laboratorios, en los consultorios, en los despachos, en los corredores e incluso, a veces, hasta en la capilla. Hablamos cosas inteligentes y también tonterías, es decir hablamos de cosas sobre las que vale la pena hablar y de cosas sobre las que no vale la pena hablar. No sólo hablamos mucho, sino que hablamos de todo: del mundo, de la sociedad, del hombre y de Dios. Hablamos, en efecto, de cómo está constituido el universo, de las leyes naturales que rigen su orden, de cómo debería constituirse nuestra sociedad, de los códigos que la regulan, de las mejores maneras de comunicarnos y entendernos, de los mejores modos de gestionar y administrar nuestros emprendimientos comunes. Hablamos también de la salud física y psíquica del hombre y de la mujer; de las enfermedades y del tratamiento para curar esas enfermedades; del sufrimiento y de cómo superarlo. Hablamos, finalmente, de lo que está bien y está mal hacer y de lo que podemos esperar en cuanto seres creados y amados por Dios<sup>6</sup>.

En la Universidad –se supone- no se habla por hablar, se habla porque se sabe de qué se habla y se habla para enseñar ese saber, es decir: para que otros sepan y también hablen. Esto que parece un trabalenguas, no es tal. Es una realidad. En cualquier Universidad se habla mucho. La pregunta es si queda

---

<sup>5</sup> Proyecto educativo del IFCL, «basado en la concepción cristiana de la realidad», cf. Monreal, Susana, *op. cit.*, p. 156.

<sup>6</sup> He tomado esta rica intuición de Durán Casas, Vicente, «Filosofía y Universidad», en *La Presencia de la Filosofía en la Universidad*, Memorias del 1er. Congreso Latinoamericano de Facultades de Filosofía en la Universidades Católicas, EDIPUCRS, Porto Alegre, 2003, pp. 42-43.

tiempo para el silencio. No me refiero a cualquier tipo de silencio, pienso en ese silencio activo que tanto ha enseñado al hombre y que aparece cuando comprendemos el alcance y los límites de aquello sobre lo que hablamos. Los grandes pensadores de nuestra tradición humanista y científica, pienso espontáneamente en Aristóteles, Santo Tomás y Kant, pero también en Newton, Maxwell y Einstein, han comprendido algo de este silencio que se impone cuando el hombre descubre que ante ciertas preguntas e interrogantes es más bien poco lo que tenemos que decir. San Ignacio lo decía en el lenguaje de su tiempo: «no el mucho saber harta y satisface el ánimo, sino el sentir y gustar de las cosas internamente»<sup>7</sup>. Con este lema ofrecía uno de los núcleos centrales de la pedagogía jesuítica: parar, detenerse, hacer silencio, examinar y preguntarse: “¿a dónde voy y a qué?”.

Esta actitud reflexiva, que supone caer en la cuenta de lo que estamos haciendo cuando hacemos nuestra tarea universitaria, me parece nuclear en nuestra propuesta educativa. En sintonía con el carisma ignaciano, nuestra Universidad debe esforzarse por constituirse en un espacio donde se propicie, se cultive y se promueva con argumentos bien elaborados, y no precisamente a base de intuiciones confusas o sentimentalismos arbitrarios, una actitud reflexiva que permita intuir y comprender la hondura y la complejidad de los problemas que, a través del saber, tocamos. Estoy convencido que promover en nuestros alumnos esta actitud y estos hábitos es ayudarlos a hacer auténticas experiencias intelectuales. Estas experiencias, en la medida que nos hacen rozar la verdad, la belleza o la justicia, son las que permiten valorar y diferenciar lo que es una simple posesión mecánica de destrezas intelectuales y lo que supone acercarse a la creatividad y fecundidad del conocimiento humano. Bien a nuestro pesar hemos aprendido que el sólo adueñarse mecánicamente de conocimientos no humaniza, y que no es por tanto, ni creativo ni capaz de generar auténticas soluciones innovadoras a los complejos y graves problemas que nos aquejan. Atiborrar de discursos los oídos y las cabezas de nuestros estudiantes universitarios, de modo

---

<sup>7</sup> Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, anotación 2ª.

que en ellos no quede espacio, ni tiempo, ni ganas para ese silencio creativo y esa actitud reflexiva no es hacerles ningún bien a nuestros estudiantes. Transmitiremos un saber hacer, pero un saber pensar.

Personalmente dudo que alcancemos a formar hombres y mujeres con convicciones profundas, arraigadas, reflexionadas y estables, es decir *personas con valores* capaces de guiar la acción y de orientar su vida, si no alcanzamos a conformar este tipo de experiencias vitales en los miembros de nuestra comunidad educativa. Promover el silencio y la actitud reflexiva es pues promover la formación integral. La música, la teología, el arte, el deporte, las distintas actividades de extensión, ayudarán ciertamente a integrar los distintos aspectos de la persona y ésta a su mundo. Pero no podemos caer en el error de creer que la formación integral consiste en una simple acumulación de actividades y acciones. Formar integralmente supone, a mi entender, habilitar experiencias profundamente personales, a la vez intelectuales y afectivas. Si bien esta integración es asunto que cada miembro de la comunidad educativa hará al interior de sí mismo, nuestra Universidad, y la VMU en particular, debe velar para que las unidades académicas ofrezcan el medio adecuado que incite a docentes y alumnos a preguntar, a indagar y a trabajar en esa integración.

Estas breves pinceladas que acabo de presentar me ayudan a comprender mejor cómo avanzar hacia la formación integral que la misma UC ha querido establecer como parte integral de su misión. Deseo que juntos podamos seguir avanzando en esta apasionante tarea que es la educación universitaria. Encomiendo especialmente esta tarea a San Ignacio de Loyola, quien fue un maestro en el arte de generar convicciones auténticas en los estudiantes universitarios de su tiempo y a quien yo, personalmente, debo, sin lugar a dudas, el arraigo de mis convicciones más profundas.

Muchas gracias.